

LOS SOLDADOS DEL REY EN LEPANTO

José CÁNOVAS GARCÍA



N Lepanto estaba en juego la cristiandad mediterránea. Los soldados del rey Felipe II lucharon contra los temibles jenízaros en un campo de batalla realmente insólito, el que formaron las cubiertas empotradas de las galeras tras embestirse con violencia.

Desde la galera *Real*, a sangre y fuego de arcabuces, intentaron hasta tres veces conquistar el palo mayor de la *Sultana*.

En aquella «gran ocasión que vieron los siglos», participaron los cuatro mejores tercios de España a

bordo de dos centenares de galeras, capitaneadas por los mejores marinos de entonces.

Turcos en el Mediterráneo

Ya desde la caída de Constantinopla, el Imperio otomano era una amenaza para la cristiandad, aunque los venecianos consideraban que las razones comerciales eran más fuertes que las religiosas.

Venecia era aliada del sultán, manteniendo así, en exclusiva, sus rutas mercantiles hacia India y China, mientras que Portugal y Castilla buscaban itinerarios alternativos que permitieran llegar a Oriente sin necesidad de enfrentarse a los turcos.

El Imperio otomano se estaba expandiendo en tres direcciones: Europa Central, el Mediterráneo y Próximo Oriente. Pero para progresar a través del Mediterráneo necesitaban construir una flota, y no solo lo hicieron, sino que encontraron colaboradores entusiastas en dos hermanos piratas, los Barbarroja, que se movían libremente desde Argelia y Túnez hostigando impunemente las costas levantinas.

Las incursiones berberiscas en nuestras costas de Levante eran tan frecuentes que solo estábamos tranquilos cuando «no había moros en la costa». Los cristianos capturados pasaban a engrosar las filas de remeros en sus galeras, excepto aquellos que eran llamados «de calidad». Para estos, pedían un rescate.

Estas razias iban tras lo que se llamaba «tributo de sangre»: niños cristianos que, arrancados a sus familias, eran adoctrinados de forma fanática y entrenados para luchar. Se les llamaba jenízaros y eran la guardia personal del sultán.

En aquellos días, la Sublime Puerta —la que separaba Oriente de Occidente— tenía poder fiscal sobre el Mediterráneo, y eso afectaba al paso franco para el comercio de especias, perfumes, sedas y todo lo que venía de Oriente.

Cuando las caravanas de Oriente llegaban por fin a los puertos del Mediterráneo —Beirut, Alejandría, etc.—, ya venía reducida su carga por los impuestos de los intermediarios y el precio de la mercancía se había elevado desmesuradamente. La única beneficiada de esta situación era la República de Venecia, que disfrutaba de una tregua negociada con los turcos desde 1538.

Para los demás, la expansión otomana continuaba, y en 1565 los jenízaros atacan la isla de Malta. Los caballeros de la Orden rechazan el asedio bajo el liderazgo de Jean P. de la Valette, la inestimable ayuda del virrey de Sicilia García de Toledo y el marino Álvaro de Bazán. Este fracaso otomano encolezca al sultán Solimán el Magnífico que, como venganza, marcha por tierra desde Constantinopla para atacar Hungría. En 1566 muere Solimán en campaña de una apoplejía, sucediéndole Selim II. Su primera decisión es traer de vuelta sus tropas a Constantinopla.

No se sabía cómo iba a ser la nueva política del sultán Selim II, hasta que se despejaron las dudas cuando el 27 de marzo de 1570 su embajador turco en Venecia exige la entrega de la isla veneciana de Chipre.

En julio de 1570 ancló en aguas de Chipre la flota turca, y el ataque se produjo el 9 de septiembre de 1570. Murieron más de 20.000 personas. Los supervivientes de aquella masacre engrosaron las filas de remeros en las galeras turcas y algunos fueron vendidos como esclavos.

Venecia no tuvo más remedio que aceptar una guerra para la que no estaba preparada después de treinta años de paz.

Los tercios de la Monarquía Hispánica

Realmente no sabemos cómo se estructuraba el ejército en el siglo XVI, pero sí que en los ordenamientos de 1534 y 1536 se empieza a hablar de los tercios, y que sus soldados guarnecían los presidios de los virreinos de Nápoles y Sicilia, así como las plazas conquistadas en el norte de África (lo que se llamaba la Berbería).

Con Felipe II se mantuvieron estas unidades, y es en Italia donde se adiestraban los soldados bisoños (novatos), hasta que una vez formados se incorporaban al frente, donde fuesen más necesarios.

La unidad elemental del tercio era la compañía, mandada por un capitán. Cada compañía se distinguía por su bandera. Al frente del tercio estaba un capitán muy distinguido, el «maestre de campo», que además mandaba su propia compañía. El número de hombres de una compañía variaba según las posibilidades de la leva, las necesidades del momento, la capacidad económica y la fama del capitán que la mandaba. Usaban armas blancas: las picas (una especie de lanza que medía más de cinco metros), espadas, dagas, rodelas (escudos), y también armas de fuego, principalmente el arcabuz.

La Monarquía Hispánica

En 1567, el Imperio de Felipe II, «en el que no se ponía el sol», tenía que hacer frente a varias amenazas: la colonización y defensa de sus territorios en el Nuevo Mundo, la rebelión en Flandes, la extensión de la herejía protestante en sus Estados, las crisis económicas, la política hostil de Francia, la rebelión morisca en Granada y la expansión turca en el Mediterráneo.

En este mar, el monarca intenta proteger la costa española de posibles ataques de los turcos, los cuales conoce a través de sus espías, que a la vez están apoyando a los moriscos de Granada.

Del intercambio de cartas entre el rey con su primo el conde de Benavente, capitán general del Reino de Valencia, y con el marqués de Mondéjar, del Reino de Granada, se deducen las intenciones de localizar espías enemigos en Granada y proteger la costa levantina mediante la construcción de las naves de guerra de la época: las galeras.

En 1568, Felipe II nombra a su hermano Juan de Austria capitán general de la Mar. Sale este para Cartagena con documentos cargados de consejos e instrucciones reales, entre las que se detallan las necesidades de incorporar en el reclutamiento a un tipo especial de soldados que, acostumbrados al mar, sepan combatir en las galeras. Ninguno de los dos hermanos sabía en ese momento que aquellos hombres serían decisivos más tarde en Lepanto.

Aquel mayo de 1568, cuando va a empezar la campaña, el joven Juan de Austria va bien escoltado, con un excelente «Estado Mayor» (Luis de Requesens y Álvaro de Bazán), e inicia lo que en la Armada conocemos como «viaje de instrucción», que finaliza a mediados de septiembre en Barcelona, donde invernan las escuadras de galeras.

Juan de Austria eleva la parte de campaña pertinente a su hermano el rey, informándole de la situación y del estado general de la escuadra. Fruto de ese informe, se tomaron acciones concretas que mejoraron la operatividad de la flota. Uno de los aspectos más destacados es la calidad del personal. El rey

quiere soldados que estén acostumbrados a trabajar en la mar, que no se mareen, que sepan nadar, que gusten de la comida seca y salada y que sean duros para la vida en las galeras. Se introducen también una serie de novedades tácticas. Juan de Austria le pide a Felipe II que cada galera tenga un mando único, y no un jefe de soldados y otro de marineros.

El rey, enterado de que los arcabuces en servicio están en general en muy mal estado, así como la pólvora y los frascos que la portan, ordena adquirir en Milán 2.000 nuevas armas.

De los informes de espionaje se sabe que los turcos son buenos tiradores y, para contrarrestar esto, Juan de Austria solicita adquirir rodelas, petos, celadas y todo aquello que ayude a proteger a sus soldados. Se compran ballestas para combatir a los arqueros turcos, que eran temibles por su eficacia. Se solicita embarcar a una docena de mosqueteros en cada galera. El mosquete, de mayor alcance que el arcabuz, ya estaba en uso en Flandes por iniciativa del duque de Alba, pero no habían dotado aún de estos a los tercios embarcados. El rey también accedió a esta petición.

El 1 de enero de 1569, la rebelión de los moriscos de Granada, en lenta gestación desde mucho tiempo atrás, estalla repentinamente, y entre marzo de 1569 y mayo de 1570 parece que tenemos un paréntesis en las obligaciones de Juan de Austria como capitán general de la Mar, pues solicita al monarca ser jefe y gobernador del Ejército de Granada. Y se le concede. El 13 de abril de 1569 comienza sus operaciones, y en la primavera de 1570 ya la revuelta es residual; pero las noticias que llegan de Europa son bastante graves: los turcos han atacado Chipre.

La Liga Santa

El papa Pío V era plenamente consciente de los dos peligros que se cernían sobre la cristiandad: la herejía y el turco.

Ante la petición de ayuda de Venecia, el papa intenta agrupar a los reyes y príncipes cristianos que pudieran ayudar. No todos acuden y hay excusas de todo tipo, y los que se prestan lo hacen por diferentes intereses.

Pío V toma las riendas de la situación mediante una serie de negociaciones diplomáticas, y el 25 de mayo de 1571 proclama la Liga Santa, cuyo documento de capitulaciones resumido decía:

- La Liga no es solo contra los turcos, sino contra Argel, Túnez y Trípoli.
- Las fuerzas serán 250 galeras, 100 bajeles de guerra, 50.000 infantes españoles, italianos y alemanes, 4.500 jinetes ligeros, artilleros y servicios.
- Cada parte se obliga a defender a los demás.

- Los gastos de la guerra se dividen en seis partes: tres para la Monarquía Hispánica, dos para la República veneciana y una para el papado.
- El mando de la Liga será nombrado por el papa (de capitán general Juan de Austria y de segundo el almirante Marco Antonio Colonna de la Armada pontificia).

Embarque de los tercios

El 6 de junio de 1571, apenas diez días después de la comunicación papal, Juan de Austria ya está camino de Barcelona y ha cursado las órdenes precisas para el más rápido embarque en las galeras de los soldados necesarios que deben concentrarse en Almería y Málaga.

El marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán, tiene sus galeras napolitanas en Cartagena, y Gil de Andrade ha reunido en Mallorca las del Océano, y ambas escuadras han recibido la orden de dirigirse a Málaga y Almería, embarcar los tercios de Lope de Figueroa y Miguel de Moncada —unos tres mil infantes que acaban de hacer la guerra a los moriscos en Granada— y reunirse con él en Barcelona. Llegaron el día 25.

Parte del Tercio de Moncada zarpó de Vinaroz el 9 de junio en la galera capitana del comendador mayor de Castilla Luis de Requesens, que no llega a Barcelona hasta el día 29.

Las bajas en Granada se reponen mediante el reclutamiento de mozos útiles de veinte años o más y que no tuviesen la enfermedad de San Lázaro (la lepra) ni la de San Antón (la peste). No se podían reclutar frailes ni clérigos, excepto a un capellán, que llevaría sueldo de soldado. La paga se entregaría una vez embarcados (en Lepanto embarcaron franciscanos enviados por Felipe II, capuchinos por Pío V y jesuitas por propia iniciativa).

Salieron de Barcelona las tropas el 20 de julio de 1571 y, al llegar a Génova el 26 de julio, reemplazaron a los soldados bisoños recién reclutados por los veteranos que guarnecían los presidios (cuarteles) italianos, embarcando a su vez dos nuevos tercios, el de Nápoles y el de Sicilia, y repartiéndose en las galeras.

Adiestramiento en las galeras

Una galera era una embarcación de remos que medía alrededor de 40 metros de eslora y seis de manga. La proa iba armada con un espolón metálico de casi cuatro metros, que servía para hundir a las galeras enemigas embistiéndolas. En el tercio anterior de la galera (castillo de proa) se colocaban los cañones, que se disparaban en la dirección de marcha de la embarcación y solo podían usarse una vez, no dando tiempo a recargar, pues se producía a

continuación la embestida contra la galera enemiga, tras la que se pasaba al abordaje.

El motor de la galera lo proporcionaba el impulso de veinte o treinta pares de remos con el esfuerzo de decenas de galeotes, que remaban desnudos y encadenados (la chusma). Como eran muy estrechas, quedaba poco más de un metro para los bancos longitudinales del centro de la nave, que era el reservado para los soldados, y tenía un pequeño espacio para preparar la comida.

Durante la aproximación de las galeras, la infantería comenzaba con tiros de mosquete a más de cien metros de distancia y seguía con los arcabuces cuando estaba ya muy cerca y, llegado el caso, con las picas que sobresalían un par de metros del infante; en el abordaje se echaba mano de la espada y la daga para un combate más cercano. Este —ya lo estarán imaginando— era muy sencillo; se trataba simplemente de saltar, a poder ser de forma rápida, en la anchura de un tablón ante un muro de armas enemigas que apuntaban desde la galera contraria, evitando ser herido en el intento o de un mal paso caer al agua.

Esta peligrosa situación la describe así Miguel de Cervantes, soldado en la *Marquesa*, cuando explica la embestida entre dos galeras: «... pues los soldados se ponían en la tamboreta, una tabla de apenas un metro de ancho para abordar a la galera enemiga y tenían enfrente apuntándole un grupo de “Ministros de la Muerte”, y cuando un soldado caía, otro inmediatamente ocupaba su lugar, antes de que pudiesen disparar de nuevo. Sin dar tiempo al tiempo de sus muertes».

Los soldados a bordo de las galeras se adiestraban individualmente en el manejo de su armamento personal para reducir los tiempos de carga de los arcabuces, y colectivamente mediante ejercicios continuos para que de forma mecánica ocupasen su puesto en la galera en las diversas situaciones del combate. La práctica continua era fundamental y se ensayaba absolutamente todo: las posiciones en la galera, tanto para defenderla como para atacar a la enemiga; dónde había que retirar a los heridos (normalmente al fondo de la nave porque, además de estorbar, intimidaban a los demás); los muertos se tiraban al agua para evitar el desánimo que ocasionaba su presencia, y todo el que estuviera en cubierta tenía que estar en plena disposición de combatir.

La guarnición de la defensa de la galera se dividía en cuatro grupos: vanguardia, batalla, retaguardia y socorro. Para repeler a los que intentaban el abordaje eran buenas las picas engrasadas (la grasa se ponía en el extremo superior, de forma que el enemigo no podía aferrarse a ellas ni arrebataráselas a los que las manejaban).

El socorro lo formaban un grupo de soldados de reserva que se mantenían bajo cubierta para atacar o defenderse cuando fuera necesario.

En la jornada de Lepanto, la defensa de la *Real* quedó confiada a seis grupos que se parapetaron en el cuartel de proa, al mando de Pedro Francisco Doria; las arrumbadas a Lope de Figueroa y a Miguel de Moncada; el reducto



Cervantes en Lepanto, por Augusto Ferrer Dalmau. (Imagen facilitada por el autor)

central o medianía a Gil de Andrade; el fogón a Pedro Zapata; el esquife a Luis Carrillo; la popa a Bernardino Cárdenas y a otros caballeros. Juan Vázquez Coronado, capitán de la *Real*, se ocupa de la timonera.

Para atacar una galera enemiga, la mitad de la fuerza defiende la propia sin salir de ella, y la otra mitad se prepara para abordar la contraria. La fuerza que va a asaltar se divide a su vez en dos partes: el trozo de abordaje principal y otro grupo que, con arcabuces y mosquetes, se sitúa en los lugares altos (empavesadas) y establece una base de fuegos para apoyar a los primeros. Ambas agrupaciones se van relevando para avanzar hacia la galera enemiga, es decir, lo que cuatrocientos cincuenta años después llamamos «fuego y movimiento».

Concentración en Mesina

En Nápoles, el virrey interino, el cardenal Granvela, hace entrega en la iglesia de Santa Clara a Juan de Austria del estandarte de la Liga Santa y el bastón de mando, bendecidos ambos por el papa.

La concentración de las galeras en el puerto de Mesina se inicia el 23 de julio con la llegada del veneciano Sebastián Veniero y el representante de los Estados Pontificios Marco Antonio Colonna, y finaliza el 5 de septiembre con la arribada de las galeras del marqués de Santa Cruz. Los tercios embarcados que se han concentrado en Mesina son:

- Tercio de Lope de Figueroa, con 14 compañías:
 - Ocho en las galeras de España (Gil de Andrade).
 - Seis en las de Nápoles (Álvaro de Bazán).
- Tercio de Nápoles de Pedro de Padilla, con 12 compañías en las galeras de Nápoles (Álvaro de Bazán).
- Tercio de Cerdeña de Miguel de Moncada, con siete compañías:
 - Cinco en las galeras de Nápoles (Álvaro de Bazán).
 - Dos en las galeras propiedad de Juan Andrea Doria.
- Tercio de Sicilia de Diego Enríquez, con 12 compañías:
 - Diez en las galeras de Sicilia (Juan Cardona).
 - Dos en las galeras propiedad de Juan Andrea Doria.
- Tercio de italianos, al mando de Ascanio de la Corna.
- Tercio de tudescos (alemanes), al mando del conde de Lodrón.

En estos días, desde su galera insignia la *Real*, Juan de Austria mantuvo correspondencia con el anterior capitán general del Mar, García de Toledo, que le recomendó tomar tres acciones que resultaron importantes en el devenir de la batalla: reforzar con soldados las galeras venecianas (se repartieron cuatro mil); aserrar los espolones de estas para despejar el campo de tiro y acercar más los fuegos de los cañones de proa en la embestida y que la línea de tiro fuera más baja, barriendo de esa forma las cubiertas enemigas (esta acción produjo al adversario innumerables bajas), y liberar a los galeotes cristianos para aumentar el número de combatientes y darles la opción de luchar por su libertad.

La batalla

El embarque finalizó el 28 de septiembre y Juan de Austria ordenó un ensayo general. Ya solo quedaba localizar a la flota enemiga, que por fin se avistó el 7 de octubre de 1571.

Cuando se estaban aproximando ambas formaciones navales, los soldados de los tercios comenzaron a despejar las cubiertas, a fortificar las empavesadas, a poner a punto sus arcabuces, mosquetes, alabardas, picas, espadas y hachas de combate. Los artilleros a cargar sus cañones, y se dio suelta a los forzados cristianos que remaban amarrados a los bancos, sustituyéndoles el remo por las armas a cambio de su libertad.

Hacia las once de la mañana de aquel domingo 7 de octubre de 1571 ocurrió algo providencial. Del este roló el viento al rumbo opuesto, quedando la mar llana como un lago, lo que obligó a los turcos a amainar las velas y armar los remos, retrasando su marcha, y a recibir de cara el humo en cuanto comenzara el fuego. Cuando ya les separan menos de cien metros, los cañones de las galeras de la Liga empiezan a disparar, barriendo las cubiertas otomanas. Los cristianos, sin estorbos a proa, están en condiciones de hacer fuego en el último momento y en ángulo bajo.

Todas las crónicas coinciden en que la acometida de ambas galeras capitanas fue espantosa. La nave de Alí Pachá atravesó con el espolón la de Juan de Austria y las dos quedaron entrelazadas. Hubo fuego cruzado de arcabuces; los soldados del rey hicieron aquello para lo que estaban entrenados: su trabajo.

A las cuatro de la tarde, la batalla parece llegar a su fin y el balance de bajas es aterrador. El número preciso de muertos se desconoce, pero las crónicas hablan de 30.000. Más exacta es la cifra de prisioneros, unos 8.000, que serán convertidos en esclavos. Son liberados asimismo unos 12.000 galeotes cristianos.

Demos gracias a Dios

Sobre las dos de la tarde de aquel 7 de octubre de 1571, en una cámara del Vaticano, Pío V recibía el informe de su tesorero, monseñor Busotti. El papa le interrumpe, abre una ventana y se queda absorto, como escuchando el silencio. Se vuelve y le dice: «No es hora de tratar de negocios. Demos gracias a Dios por la victoria sobre los turcos» (la noticia llegó al Vaticano diecinueve días después de esta revelación del papa). Este suceso se puede admirar en el cuadro anónimo que preside una de las salas de nuestro Museo Naval de Madrid.



Alegoría de la batalla de Lepanto, por Paolo Veronese. Galería de la Academia de Venecia

Combate naval de Lepanto, por Juan Luna y Novicio.
Palacio del Senado. Madrid. (www.senado.es)

